

Queridos compañeros y compañeras,
queridos amigos y amigas:

Ciertamente constituye para todos nosotros una gran satisfacción estar presentes hoy aquí, inaugurando nuestra Convención Nacional Programática.

Ella marca un hito de gran importancia, no sólo respecto del desarrollo de nuestra candidatura, sino también en términos de un proceso que se inició hace ya dos décadas, proceso que indudablemente continuará y que deberá transitar hacia nuevas etapas que implicarán tanto la superación progresiva de aquello contra lo que luchamos, como la actualización de los valores y principios que permanentemente han sido los nuestros.

El trágico desenlace de septiembre de 1973; la experiencia concretamente vivida de la represión dictatorial; la lucha por los derechos humanos; la crisis de los modelos económicos, sociales y políticos con los que se identificó en gran medida el socialismo a partir de la revolución de octubre; las mutaciones que ha experimentado el capitalismo; la crisis coetánea del Estado de Bienestar y las consecuencias socialmente indeseables de la arremetida neoliberal; la conciencia mundial cada vez más consolidada sobre el potencial catastrófico de patrones de crecimiento depredadores del medio ambiente y los recursos naturales; todos ellos son hechos que en vertiginosa sucesión han puesto radicalmente en cuestión las certezas del pasado.

Ese cuestionamiento ha trascendido el puro ámbito del intelecto, entendido como razón abstracta. Se trata de un proceso históricamente situado, que ha comprometido la totalidad de nuestras existencias, y que posee un claro sentido colectivo.

Es necesario subrayar que ese proceso no ha tenido un puro contenido negativo, de duda y cancelación. Desde el inicio ha implicado también la búsqueda de nuevas respuestas, de nuevas ideas, de nuevas proposiciones que plasmen nuestros principios y valores de maneras válidas en relación con los cambios experimentados. Esta Convención es un claro testimonio de esa articulación permanente de la crítica y la afirmación.

Ese proceso comenzó no mucho después de 1973, tanto acá en Chile, como en el seno de los distintos grupos originados en un amargo exilio, a partir del difícil esfuerzo, necesariamente crítico, por explicarnos y dar cuenta de qué nos había sucedido, por qué nos había sucedido, y en qué habíamos errado.

Que hallamos sido capaces de llevar adelante esa dura tarea habla bien de nuestro sentido de responsabilidad. Un sentido de responsabilidad no sólo individual o de partido, porque en definitiva lo que nos angustiaba era el infortunio de Chile, nuestro destino como país, y el claro sentimiento de que, en medidas diversas, no habíamos sido ni eramos sujetos pasivos o meros objetos de ese destino.

Ese sentido de responsabilidad con Chile es uno de los primeros decantamientos de este proceso y constituye uno de los más valiosos bienes del patrimonio cultural que hemos venido acumulando. Creo que todos tenemos la convicción que debemos cuidarlo y cultivarlo, y las características del trabajo que ha desembocado en esta Convención es un testimonio claro de la altísima valoración que damos a esta actitud de responsabilidad, que ha devenido en un rasgo de nuestra personalidad más profunda.

No fueron pocos los que durante los primeros años de la dictadura dieron por fenecida la sociedad civil chilena. Su atomización y fragmentación, el aislamiento de las personas, la privatización de la vida, el temor permanente, eran todos fenómenos que aparentemente otorgaban validez a ese diagnóstico.

La historia probó que era un diagnóstico erróneo. La sociedad civil chilena encerraba fortalezas insospchadas.

Una de las primeras manifestaciones de esa fortaleza fue la emergencia de un vigoroso movimiento de derechos humanos. La historia de ese movimiento, multifacético y pluralista, deberá seguir escribiéndose.

No sólo porque vistas las cosas retrospectivamente la presencia y acción del movimiento de derechos humanos explica en una medida importante el sentido más global que terminó por adquirir el movimiento de la sociedad chilena a medida que la transición ya se anunciaba. Si hoy podemos aspirar a una sociedad progresivamente más civilizada, más moral y más humana, lo debemos a quienes pusieron su tiempo, su coraje, sus convicciones, y arriesgaron su libertad, su integridad física y aún sus vidas por la causa de los derechos humanos.

Esa historia también debe continuar escribiéndose porque el movimiento por los derechos humanos sedimentó en nuestra realidad otro valiosísimo legado que es constitutivo de ese proceso y esa tradición de los que esta Convención es una manifestación palpable.

Pero el resurgimiento de la sociedad civil chilena no se agotó en el movimiento por los derechos humanos. Numerosos estudios y observadores venidos de otras latitudes han dejado constancia, en libros, artículos académicos y testimonios diversos, sobre la rápida emergencia de múltiples movimientos, modalidades de asociación y de acción colectiva, dotados de un claro sentido de respuesta progresista y libertaria a la situación de opresión dictatorial.

Se trata de movimientos y formas de acción colectiva referidos a ámbitos diversos de la vida. Unos, a los problemas y opresiones de género y de discriminación sexual. Otros, a la situación laboral y sindical. O bien, a los problemas de la sociedad campesina. La lista es larga y la historia escrita de ellos es hoy menos que embrionaria.

Vale la pena recordar que fue esa peculiar combinación de la clara y cruda percepción de que el Estado es un instrumento ambiguo, disponible para el bien y para el mal, para la opresión y la liberación, con la constatación de que en la sociedad residía una autonomía no imaginada, capaz de reaccionar ante un Estado devenido en

constante amenaza, la que contribuyó quizás más que nada a modificar sustancialmente nuestras actitudes respecto del fenómeno estatal.

No fue primordialmente en nombre del mercado que se desarrollaron variantes diversas de pensamiento que nos han finalmente conducido a ese sano principio metodológico, que creo firmemente asentado hoy entre nosotros, de poner siempre al Estado bajo la duda y la sospecha.

Ciertamente, fue en nombre de la libertad y de su consecuencia política, que hoy nos parece obvia: la democracia. Pero también fue en nombre de la sociedad civil y su autonomía. Si lo tenemos siempre presente en nuestra memoria, aplicaremos ese mismo principio de duda y sospecha al mercado.

La incorporación de la idea de reforzamiento de la sociedad civil y su autonomía al repertorio de nuestras convicciones más básicas ha tenido otra consecuencia, igualmente trascendente.

En efecto, nuestro compromiso con la extensión de la democracia y la participación a la comuna y a la región, en términos de una real y progresivamente mayor transferencia de poder a ellas, es un corolario que se sigue lógicamente de ese privilegio otorgado a la sociedad civil.

Quiero reiterar que ese privilegio que hoy conferimos a la sociedad civil no es el producto de disquisiciones académicas o teorizaciones más o menos inteligentes. Nos fue impuesto por el propio movimiento de la sociedad chilena, en su reacción contra la situación de dictadura.

Esa reacción no se agotó en la emergencia de movimientos sociales. Conjuntamente con ella y las más de las veces en estrecha relación con ella, surgió también una intensa actividad cultural e intelectual, que se expresó en el nacimiento de esa pléyade de organizaciones que finalmente llegamos a bautizar de no gubernamentales, de grupos de trabajo en el dominio de las ideas políticas y jurídicas, de formas asociativas de índole diversa avocadas al análisis y la búsqueda de respuestas

Y soluciones, tanto a los problemas más inmediatos que padecíamos, como a los cambios y mutaciones que ya comenzaban a ser perceptibles en Chile y en el mundo.

Vale la pena enfatizar ese último punto. El pensamiento que se fue elaborando nunca se arinconó en un provincialismo estrecho, pese a que las condiciones imperantes ciertamente favorecerían una involución de ese tipo. Contrariamente, asumió los problemas nacionales desde una perspectiva internacionalista.

Parte de la explicación reside sin duda en el carácter universalista propio de nuestras tradiciones. Nunca nos fue ajeno el sufrimiento y el dolor de nuestros hermanos latinoamericanos, ni la suerte de todo ser humano sea cual sea el rincón del planeta en que habite. La aspiración a la fraternidad de todos los pueblos y el valor de la solidaridad entre los oprimidos de todas las naciones es un elemento constitutivo de nuestra identidad y jamás hemos abdicado de él.

Pero también la explicación tiene que ver con el exilio de miles de los nuestros. Como el proverbial dios Jano, hay dos caras del exilio. Una trágica y amarga. Pero ese precio incalculable que pagaron nuestros compañeros y compatriotas exiliados significó en el plazo más largo que nuestra evolución como mundo cultural, social y político se viera enriquecida de manera igualmente incalculable por puntos de vista capaces de trascender nuestras circunstancias nacionales e incorporar a nuestra visión los desafíos y problemas de un mundo en rápida y creciente internacionalización. Jamás podremos agradecerles un bien tan precioso, adquirido a un precio tan alto.

Ciertamente, todos estos fenómenos, que por necesidad he esbozado de manera pobre y más que esquemática, tuvieron en el inicio un carácter que podríamos calificar de defensivo. Se trataba de levantar murallas y protecciones contra el temor y la represión.

Sin embargo, ya hacia el comienzo de la década pasada habían adquirido fortaleza suficiente como para salir a la conquista y consolidación de espacios de libertad cada vez más amplios.

A ello cooperó significativamente la gran ola de protesta social que conmovió al país a partir de 1983, movimiento social que permitió ampliar de hecho la libertad de expresión y constituir una oposición de escala mayor a la dictadura.

Esa conquista y consolidación de crecientes espacios de libertad permitió comenzar a difundir las ideas, los diagnósticos, las nuevas vertientes de pensamiento, las nuevas visiones, sacándolas de la situación de ghetto que hasta ese entonces había prevalecido, para comenzar el proceso de su implantación social.

El renacimiento de los partidos durante la segunda mitad de la década pasada significó transitar a una nueva etapa, podríamos decir una etapa superior de este proceso que intentó sumariamente describir ante ustedes.

Lo que hay que destacar es que ese renacimiento no se produjo en un vacío de ideas y pensamiento. Todo lo contrario. Ocurrió en el contexto de un clima intelectual de debate pujante y vigoroso, de intercambio de ideas, de confrontación honesta y respetuosa de vertientes de pensamiento.

La propia política fusionó íntimamente aquello que tradicionalmente se le asigna como lo que le es específico y le otorga su singularidad con la actividad intelectual, con ese debate de ideas, con esa confrontación de pensamientos y reflexiones.

Esa fusión fue beneficiosa tanto para el político como para el profesional, el técnico y esa figura que a falta de mejor nombre designamos de intelectual. Por primera vez después de muchos años comenzó a debilitarse una concepción pernicioso que tendía a encerrar en compartimentos estancos política, tecnocracia y academia.

Quizás uno de los errores que hemos cometido en el período que se inició en marzo de 1990 es haber permitido una vez más que esa brecha volviera a accentuarse. A mi juicio, es plausible pensar que el relativo empobrecimiento y des-sustantivización de la política que muchos han diagnosticado como un fenómeno peligroso de los últimos años se explica en buena parte por no haber seguido cultivando esa fusión de pensamiento y acción, de investigación y política, de reflexión y debate partidista, que presidió el renacimiento de los partidos en la década pasada.

Creo que una de nuestras obligaciones durante esta Convención y en el tiempo que seguirá es precisamente recuperar con el máximo vigor posible esa fecundación mutua de políticas e ideas.

¿Qué he buscado al hacer esta esquemática descripción en esta intervención?

Simplemente, comunicarles mi convicción de que la historia que nos ha conducido hoy hasta aquí no es una historia que haya comenzado en octubre del año pasado con la constitución de las comisiones programáticas.

Es una historia que comenzó mucho antes. Comprende todo nuestro pasado previo a 1973, incluye nuestro esfuerzo autocrítico posterior a 1973, y ha sido fertilizada por los movimientos sociales que también fusionaron ideas y acción. Ciertamente, es parte de ella el largo proceso de debate, investigación y reflexión que tuvo lugar en Chile y en el seno del exilio.

No es una historia de individualidades o personalidades. Es una historia colectiva, y ello equivale a decir profundamente participativa.

Es verdad que en el esfuerzo programático de 1989 ese carácter participativo se redujo notablemente. Aún podríamos hablar de ese esfuerzo como una actividad acentuadaamente elitaria y tecnocrática.

Probablemente las circunstancias lo impusieron, pero hay que señalar en su descargo que no se trató de un esfuerzo generado en un vacío histórico de ideas y pensamiento. Fue también una etapa del proceso a que me he referido. Por ello, podemos afirmar que el carácter colectivo al que aludí estaba presente en 1989.

Hoy, se trata de recuperar ese sentido colectivo de manera explícita, profundizando la participación en nuestra actividad de elaboración programática y conquistando ese mismo rasgo para el conjunto de la Concertación.

Por eso, como lo señala Ricardo Lagos en la introducción del documento preparatorio de esta Convención, se ha buscado imprimir a este esfuerzo un carácter ampliamente participativo, que posiblemente es inédito en la historia política de Chile.

Esa participación ha incluido las actividades programáticas de nuestros partidos; el aporte de los profesionales y técnicos de nuestro mundo, incluyendo numerosos independientes; las sensibilidades y preocupaciones de las regiones de Chile, que se expresaron en este mismo mes de marzo en encuentros regionales y que darán a conocer en esta Convención sus proposiciones y conclusiones; y también la participación de los actores sociales que a través de sus organizaciones han contribuido con sus puntos de vista y planteamientos.

Quiero destacar otro rasgo de este proceso que hemos vivido y del que seguiremos siendo actores.

Hemos enfrentado cuestionamientos, dudas, problemas y desafíos elaborando nuestras ideas en una íntima relación con la práctica. Aprendimos a repensar, a crear e innovar, a resolver parcialmente dudas y cuestionamientos, actuando en la sociedad, en la política y en el gobierno.

Este es un punto importante, y constituye otro bien valioso del patrimonio de hoy nos prestamos una vez más a enriquecer.

En efecto, al derribarse nuestro paradigma cabían dos actitudes posibles. Una, encastillarnos en nuestros reductos a la espera de un nuevo profeta, quizás procurando soberbiamente extraer de nuestras cabezas la construcción de reemplazo. La otra, obrar como lo hemos hecho: fusionar la acción, la reflexión y la investigación, fecundándolas mutuamente.

Creo que supimos escoger el buen camino, y debemos perseverar en él.

Hay quienes dicen que esto es pragmatismo. Mi concepción es que no se trata de pragmatismo. Lo que ha sucedido es que un elemento esencial de nuestro desarrollo ha sido la sustitución de una epistemología idealista por una realista. Creo, al mismo tiempo, que ese elemento será un ingrediente primordial del nuevo paradigma que con nuestro esfuerzo y compromiso acabará por madurar, como fruto de esta historia que nos sustenta.

Y hablo de un nuevo paradigma porque creo que en definitiva ese es el sentido último de nuestros desvelos.

Hay quienes sostienen que hemos ingresado a una era que se caracterizará por la ausencia de paradigmas, y que ello es beneficioso porque paradigma es sinónimo de verdades absolutas y excluyentes, que comportan aún el riesgo del totalitarismo.

Hace algunas semanas, escuché a un destacado político e intelectual ecuatoriano que distinguía entre paradigmas y paralogmas.

La distinción apunta a la posibilidad de paradigmas contruidos a partir de los valores de libertad, igualdad y tolerancia. Por consiguiente, paradigmas abiertos, armónicos con una sociedad democrática.

Creo que esa posibilidad constituye un anhelo no ilusorio, practicable, y que en la labor por definir nuestro propio perfil y destacar nuestra propia singularidad la meta de ese nuevo paradigma debe ser nuestro norte permanente.

Por ello, pienso que debemos ver en esta Convención también un hito en la construcción de ese proyecto paradigmático. En este sentido más profundo, es una Convención que trasciende con creces la coyuntura, la contingencia de hoy, pero ciertamente incorporándola.

Compañeras, compañeros, amigas y
amigos,

Agradezco al Comando de la candidatura el honor que significa declarar inaugurada nuestra Convención Nacional Programática.

Muchas Gracias